

LA PRENSA DE COLOMBIA.

HORRIBLE MOTIN EN QUITO.

ASESINATO DE LOS GENERALES ALFAROS

Los arrastran y queman.

ESCENAS DE SALVAJISMO.

Bogotá, 31 de Enero de 1912.

"Linterna".—Tunja.

Transcríbele:

"Quito, enero 28 de 1912.—General Guerrero.—Pasto.—Madrugada hoy vinieron los Generales prisioneros en Guayaquil. A las doce el pueblo furioso atacó el Panóptico, arrollando los batallones escalonados en guardia, mataron Generales Eloy, Flavio, Medardo Alafaro, General Páez, Coronel Serrano y periodista Luciano Corral. En este instante arrástranlos para quemarlos en los Egidos. Esto es horrible.—Firmado, Rafael."

Corresponsal.

Por los anteriores despachos verán nuestros lectores el trágico fin que tuvo la revolución ecuatoriana.

¡Qué embriaguez sangrienta se apoderó del pueblo de Quito, que no ha mucho idolatraba al Viejo Luchador, convertido hoy en cenizas por

el querer de ese mismo pueblo? ¿Qué alevos manos prendieron la chispa generadora de ese horrible incendio, en el cual fueron inmolados el General Alfaro y sus compañeros?

Ciertamente comete un gran crimen quien hoy fomenta revoluciones en América. Pero de ese crimen cual más cual menos, todos los americanos son culpables; sea de ello lo que fuere, no hay razón divina ó humana que justifique el horroroso crimen de Quito.

Las turbas enloquecidas jamás saben lo que hacen ni por qué lo hacen. Basta un impulso inicial para hacerles cometer los mayores delitos. Hoy seguramente el pueblo de Quito deplora lo que ayer hizo.

El General Alfaro no mereció tan horrible fin. Sin duda, siguiendo las tendencias de muchos mandatarios sud-americanos, quiso perpetuarse en el mando. Pero su gobierno implantó en el Ecuador saludables reformas; dió al país libérrimas instituciones y le dotó de grandes obras materiales.

La caída y la muerte del General Alfaro inician en el Ecuador la reacción clerical y conservadora, que se presenta aterradora.

Recordemos ante todo que el General Eloy Alfaro fue un grande amigo de Colombia, y que fue un liberal convencido; recordémos que fue un verdadero hombre superior; recordemos su viril actitud cuando, sobre las ruinas humeantes de Guayaquil, destruido por los conservadores, juró asegurar en el Ecuador el imperio de la República liberal, y pasando por sobre las estúpidas aberraciones del destino, protestemos contra el incalificable crimen cometido en Quito y coloquemos sobre las cenizas del Viejo Luchador una corona de inmortales.

(“El Liberal” de Bogotá.—Número 238.)

LOS ASESINATOS DE QUITO.

Los calificativos de “bárbaro y cruel” que el General Plaza Gutiérrez aplicó al asesinato del General Montero, son los mismos que deben aplicarse á la inmolación de los Generales Alfaros y de sus compañeros, en Quito. Con tres circunstancias agravantes: la de que, después de aquel primer crimen, el Gobierno debía haber estado más prevenido para que no se repitiera; la de que contra el General Montero podía mediar la excusa de la traición á su deber militar, que ennegreciera su causa, lo que no ocurría con los otros jefes revolucionarios; y la de que la matanza

en vez de singular, fue ahora múltiple, en la propia capital de la República y á la vista del Gobierno.

Contra éste no nos ocurre la sospecha de que ordenara la salvaje carnicería ni aun la de que la autorizara ó consintiera. Pero desde que hacía ir los prisioneros á Quito, estaba en la precisa obligación de rodearlos con tal aparato de fuerza, que pusiera sus vidas á cubierto de todo peligro, sin perjuicio de que si, sometidos á Tribunales ordinarios ó extraordinarios, éstos los condenaban á muerte, mandara ejecutar la sentencia. Pero esta llamada "justicia popular", sin fórmula de juicio, mancha al gobierno ecuatoriano y echa sobre el país una fea nota ante el mundo.

Además, si es ley de guerra que quien hace un prisionero responde de él, porque entre el uno y el otro se establece *ipso facto* un estricto deber de protección y hasta una especie de alta propiedad, los Generales Andrade y Plaza Gutiérrez, que tomaron prisioneros á los Generales Alfaro y á sus compañeros, debieron adoptar toda especie de precauciones para garantizarles la existencia. Sobre la de ellos pesará, mientras los acontecimientos no se expliquen con mayor claridad, la culpa de haber descuidado el cumplimiento de esa precisa obligación; más aún cuando, en lugar de dejarlos en Guayaquil, los condujeron ó permitieron que fuesen conducidos á Quito, á sabiendas de la clase de sentimientos que animaban á sus habitantes contra los revolucionarios, y en especial contra los Alfaro.

Quando los quiteños, como cristianos y civilizados, olvidaron que era atroz y cobarde cebarse en los prisioneros, entre los cuales había un anciano de setenta años, venerable por más de un título, ¿cómo en su calidad de liberales—si á tal partido pertenecieron los asesinos—no recordaron que á esfuerzos del Viejo Luchador, á quien despedazaban, debían el estar en el Poder? ¿Cómo la cólera y el odio pudieron borrarles de la memoria y del corazón, tras los sentimientos de humanidad, la simple gratitud al que había sido su jefe?

Como latinoamericanos y como particulares amigos del Ecuador, deploramos la tacha sangrienta que ha caído sobre esta página de la historia de la raza y de esta nacionalidad hermana, y hacemos votos para que esta sangre cobardemente derramada no caiga sobre los hijos de los victimarios.

(De "Comentarios".—Bogotá, sábado 3 de Febrero de 1912.)

"POR ALFARO HABLA UN CONSERVADOR.

Señor Director de "Comentarios".

E. S. M.

Distinguido señor mío:

Muy complacido ví hoy en su diario el valiente artículo en que usted reprueba enérgicamente el villano, salvaje y cobarde asesinato del ilustre caudillo ecuatoriano Eloy Alfaro y de sus infortunados compañeros de derrota, llevado á cabo por el bárbaro populacho de Quito.

Quizá á usted se le haga muy extraño este lenguaje, sabiendo, como todos lo saben, que soy un conservador á toda ley, irreductible é intransigente. Todo esto no me ciega para reconocer que al General Alfaro le debe el Ecuador muchos días de gloria y grandes progresos, tales como la vía férrea de Guayaquil, etc., etc. Otro mérito de ese grande hombre es el de haber amado á nuestra adorada Colombia con toda su nobilísima alma, con todo su buen corazón; así lo manifestó todas las veces que de ello tuvo ocasión, pública, franca y prácticamente. Ante todo, es necesario ser justos.

¿Cómo no recordar agradecidos que el General don Eloy Alfaro nos acompañó sinceramente en horas de amarguísima y terrible prueba?

Si la ambición lo cegó, si lo indujo á promover desastrada guerra, si esta conducta es reprochable en él, también es verdad que ya está juzgado y que el Ecuador jamás se quitará de encima esa mancha de cobarde ingratitude con un hombre que si erró, en cambio le dió esplendidez y gloria.

Al Ecuador cristiano y civilizado, al Ecuador sensato y progresista, á Colombia, á la América latina, sincero duelo, luto eterno!

A la hija predilecta del ilustre General Alfaro, á la señorita doña Colombia, la condolencia de esta Nación, cuyo nombre lleva cariñosa.

De usted señor Director, muy atento y seguro servidor,

Ernesto Macías Escobar.

La ciudad, Enero 30 de 1912."

(“El Demócrata”.—Departamento del Magdalena.)

EL CRIMEN DE QUITO.

El telégrafo acaba de comunicar el asesinato político del General Eloy Alfaro y de algunos otros jefes, amigos y parientes del caudillo ecuatoriano. El nombre de Alfaro llena la historia contemporánea de la vecina Nación en un período bastante largo.

Liberal universal después de la caída del Presidente Cordero, rigió distintas veces los destinos de su Patria, y tanto dentro como fuera del Guayas encontraron eficaz protección las ideas que con tesón mantuvo muy altas.

El General Alfaro pudo cometer algunos errores, guiado por el excesivo celo respecto á sus ideales más bien que á obsesión de mando. Sabía que el Ecuador es tierra prolífica de los Garcías, Morenos y Veintemillas.

Vencida la revolución última y prisionero Alfaro y demás correligionarios, la ley, ya fuese aplicada por un tribunal marcial ó por Jueces comunes, ha debido juzgar á los reos permitiéndoles defenderse. Las turbas desenfundadas, ciegas en medio del odio pasional y de los ardores cismáticos, no pueden danzar sino macábricamente.

El Gobierno que ha sido suficientemente fuerte á vencer una revolución, bien pudo debelar las turbas. El Pretor de Judea no logra justificar su parcialidad, lavándose las manos. El crimen de los Egidos de Quito no se atenúa siquiera por la ley del tiempo.

En pleno siglo XX se repite algo peor que la barbarie de los circos romanos, que la hoguera de Giordano Bruno, que las picas del 93 y el pueblo es el caballo de Mazepa.

Lástima que haya sido teatro de tan horrible tragedia, nuestra hermana en tradiciones, glorias, sacrificios y heroísmo. Para ella como para nosotros, si se tratara de Colombia, hay que ser inflexibles, condenando los hechos que se han cumplido y que escandalizan la civilización.

PROTESTA COLECTIVA DE LA PRENSA LIBERAL DE BARRANQUILLA.

CONTRA LOS SALVAJES ASESINATOS DE QUITO.

La Prensa Liberal de Barranquilla, hondamente conmovida por los salvajes asesinatos perpetrados en Quito, é interpretando los sentimientos del altivo pueblo barranquillero, ha enviado un enérgico telegrama de protesta á la Prensa de Guayaquil y al Presidente del Senado ecuatoriano. Este es un eco del grito universal de indignación, que se levanta de todas partes, y que repercutirá eternamente en la conciencia de los verdugos.

He aquí el telegrama:

"Barranquilla, 10. de Febrero de 1912.

Prensa periódica.—Guayaquil.

Prensa liberal, interpretando sentimientos copartidarios, hace suyo duelo Ecuador y protesta salvajes asesinatos perpetrados en Quito por turbas desenfrenadas, impulsadas fanatismo inquisitorial.

Luchadores ultimados se alzarán de pira, purificados y pasarán nimbados por mártires á honrar páginas Historia liberalismo universal.

Trasmitan colonia colombiana Quito, Presidente Senado.

Rigoletto, Progreso, República, Liberal, Atlante.

Adhiérome á esta protesta:—Ayes Nacimiento—periodista viajero."

("La Crónica" de Bogotá.—Número 1724.)

MAS QUE UN CRIMEN.

Lo que acaba de ocurrir en la capital del Ecuador no ha sido el resultado lamentable de una hora aciaga de pasión y de embriaguez política; nó. Podemos asegurar con fundamento que la matanza de ciudadanos indefensos y vencidos en las calles de Quito—sangre que ha tiznado la frente de aquel pueblo—es el desenlace lúgubre de un plan premeditado,

cuya frialdad hace pensar en las venganzas florentinas del siglo XVI. Digámoslo pronto: el Gobierno, que es el verdadero responsable de los hechos, ha cedido á un sentimiento cobarde de temor. ¡Miedo! Hé ahí la palabra. El miedo tiene excusa, aunque remota, en los hombres: en un Gobierno es cosa indigna. El temor de una reacción encabezada por el General Eloy Alfaro, el temor de un desquite, es la causa de que el gobierno ecuatoriano haya sacrificado inúctamente á un adversario rendido.

Y acontecimientos de esta índole perversa, que para valernos de la celebre expresión de Talleyrand, son más que un crimen: un error, desautorizan á un gobierno y pierden á un partido.

El gobierno del Ecuador ha venido á parodiar tristemente el sangui-nario fanatismo del pueblo de Lima, cuando cubriéndose de infamia, remató en las calles de aquella capital á los Gutiérrez.

El gobierno del Ecuador ha debido meditar en que la sangre de un adversario vertida inúctamente—y cualquiera que sea el pretexto que se invoque—tiene fuerza de aluvión incontrastable, para vengar el dolor de las víctimas

O el gobierno ecuatoriano es autor de aquellos crímenes, y entonces es indigno de estar presidiendo los destinos de una nación cristiana, ó si no es autor, ha sido débil, y en ese caso ha perdido la razón de su existencia. Tuvo anticipado conocimiento de los hechos; pudo humanamente prevenirlos; debió evitarlos; no lo hizo la sangre vertida cae sobre el Gobierno.

(“Gil Blas”.—Bogotá.—Número 2015.)

MAS DETALLES SOBRE LA TRAGEDIA DE QUITO.

LAS SEÑORITAS DE QUITO ARROJAN FLORES SOBRE LOS
ASESINOS.

El Coronel Sierra jura á las cocotas entregar las cabezas de los prisioneros.—“La satisfacción del deber cumplido”.—El odio contra Colombia.

En el proceso que el mundo civilizado ha abierto contra el Ecuador, nosotros estamos apartando pruebas y más pruebas. La atrocidad del delito exige una reparación completa á la civilización ultrajada. Un testigo presencial de aquellos horripilantes sucesos, relata la tragedia en estas pinceladas macabras:

“Las doce y los prisioneros avanzan en automóvil cruzando por entre una lluvia de vituperios, amenazas y piedra. Han llegado ya al sitio del sacrificio: el muy valeroso Coronel Alejandro Sierra ha cumplido la consigna “al Pueblo le toca lo demás”.

La guardia que custodia la Penitenciaría permanece indiferente, en actitud pacífica ¿qué esperar entonces? Tal vez obedeció una orden superior; mañana la historia al juzgar con mano imparcial y serena los hechos aclarará mucho misterio. Diez minutos después, avanzan las ficras ostentando en sus semblantes el regocijo y provistas de todos los utensilios que les eran necesarios. Los bravos defensores de la Constitución, esos mismos soldados que la pisotearon el once de Agosto, presentan las armas y avanzan á la cabeza del pueblo con dirección á las celdillas, en donde las víctimas tal vez contemplaban el trágico fin que se les espera. ¡Cuánto valor, cuánto coraje ostentan al ultimar uno después de otro, esos seres indefensos que buscan refugio sin encontrarlo, que imploran piedad á los que tantas veces habían colmado de favores! Eloy Alfaro, sereno y tranquilo se derrumba, como el roble milenario, sin prorrumpir una queja, el primero; le sigue Páez, único que guardaba una pistola en su bota, con ella se defiende como un león, mas en vano: cae atravesado por una lluvia de balas; después Madero, Serrano, Coral y Flavio.

Las mujeres esperan en el primer piso y los hombres lanzan desde el segundo los cadáveres. El olor de sangre había llenado de mayor bravura á los canibales; entonces viene el despojo de las prendas, la mutilación corrompida é indecorosa y después el arrastre por las calles principales. Hay algunos que aseguran como evidente el hecho de que el General Flavio E. Alfaro y el Coronel Luciano Coral, fueron arrastrados un gran trecho, cuando aún sentían correr por sus venas la sangre que vertían con zaña fiera los verdugos.

Una inmensa muchedumbre se mueve en derredor de las masas casi informes ya; los disparos de fusil y pistola rompen la atmósfera y proclaman el gran triunfo, la temeraria hazaña, la gloria del Ecuador. La bandera ecuatoriana cobija con sus pliegues á todos los asesinos y esas manos que chorrean sangre levantan en alto esa insignia libertadora, hoy profanada ya, que flamea como emblema de los salvajes.

Todos se disputan la honra de tomar parte en tan grandiosa tragedia, siquiera sea indirectamente: unos pisotean al pasar las masas san-

guinolentas, otros se ejercitan con sus pistolas y por último los más valientes, azotan, garrotean y con sus dagas despedazan los cadáveres. ¡Cuánta zafia, cuánta ferocidad y cuánta profanación! Familias hay que salen á los balcones y aplauden frenéticas el proceder; señoritas que arrojan flores á los asesinos, niños que vivan con estrepitosos gritos al pueblo vencedor, y todos miran con placer, tal vez con envidia, las manos tintas en sangre que se levantan orgullosas.

Sigue el desfile; “¡Viva la religión, mueran los masones!”

Más de treinta cuadras recorrió la horda salvaje, exhibiendo las desnudeces de los cadáveres; las mutilaciones indecorosas se hacían en presencia de toda la sociedad; ni una voz de protesta: ¿pero qué protesta cabía, toda vez que las turbas estaban resguardadas por las bayonetas de aquel que juró á las “demimondaines”, ebrias y repugnantes, la entrega de las cabezas de los que habían caído bajo sus garras?

Los bárbaros designaron el Egido Norte de la ciudad para la consumación del festín; allí formando un arco de circunferencia están cuatro piras. Dos calles conducen á ese sitio; los valientes (?) eligen el lugar predilecto del General Alfaro en sus paseos: “la carrera de Colombia”. Al recordar el amor que Eloy Alfaro profesó á Colombia, crece el furor de los degenerados (?) y al unísono vibran las descargas á las casas de los colombianos y los aullidos de las bestias denigrando la patria querida.

La procesión ha llegado á su destino en este orden: soldadesca, mujeres y niños que llevan en alto, suspendidos en lanzas, cuchillos y palos los pedazos de carne, las partes pubendas; girones de ropas interiores ensangrentados y después, las masas en arrastre conducidas por mujeres, ancianos y niños. El delirio va *increscendo*, los aullidos se prolongan; salvas de aplausos denuncian la felicidad. La primera pira está destinada para el General Eloy Alfaro y Ulpiano Pérez; la segunda para el General y doctor Manuel Serrano; la tercera para el infortunado periodista, de origen colombiano, Coronel Luciano Coral y la última para los Generales Flavio y Medardo Alfaro.

Viene la inclinación lenta y entonces empiezan las escenas grotescas, concebidas tan sólo en los tiempos primitivos: el festín estaba servido; la materia encefálica sirvió, como en Guayaquil, para ser devorada por los antropófagos y los puñales tintos de sangre refrescaron las fauces de los bárbaros.

Las masas se colocaron intencionadamente sobre las hogueras en posiciones inmorales, todo se hizo en medio de los aullidos que vivaban á la Constitución (?), cuando en realidad debió gritarse: “Viva la prostitución”. Todavía faltan algunos que desean vengarse de los bienes que re-

cibieron; llegan niños de ocho y diez años con estacas, deseosos de prodigar unas punzadas más á los cadáveres; jóvenes que se despojan de sus prendas para atizar las hogueras, y ante ese espectáculo se sucede el desfile de todo un pueblo que tiene ansias de reír y gozar.

Después: las sombras de la noche, la tranquilidad (?), la satisfacción de haber cumplido (?) ¿Por qué preocuparse si es un acontecimiento muy natural en estas breñas?

Muy avanzada ya la noche y cuando los buitres carnívoros dormían en sus guaridas, y unos y otros festejaban con bailes el suceso, manos compasivas se apoderan de los restos de los que fueron Eloy Alfaro y Ulpiano Páez, burlando la feroz vigilancia de la Policía y exponiendo sus vidas; los demás fueron conducidos al Anfiteatro, cuando las auroras del nuevo día se cernían sobre esta villa, diz que para reconocimiento oficial. Y los asesinos viven tranquilos en sus cuarteles."

("La Organización" de Medellín de 2 de Febrero.)

INCALIFICABLE.

Un grito formidable de protesta se extenderá á lo largo y á lo ancho del Continente americano y sus ecos clamorosos repercutirán por toda la haz del mundo, al tener conocimiento de los insólitos acontecimientos de sangre y vergüenza de que han sido teatro Guayaquil y Quito.

Guayaquil, la ciudad más populosa é ilustrada del Ecuador, á cuya ribera llegan los espasmos de la civilización, que sobre su lomo poderoso le trae el mar, y liberal por excelencia; Quito, la capital, asiento de los Altos Poderes y residencia donde la cultura y la justicia debieran tener prerrogativas.

Un pueblo donde los hombres no tienen derecho á las fórmulas tutelares de la Justicia, está irremisiblemente perdido para la Civilización. Un pueblo donde las turbas inconscientes se hacen "justicia" por su propia mano, armada por las furias del fanatismo y de la destrucción, ha caído al abismo de la barbarie. Un país en que se asesina y se arrastra por las calles y se quema á las víctimas de las pasiones políticas, reclama, por sus propios desmanes, la intervención extraña

El General Alfaro, digan lo que quieran sus enemigos, sacó al Ecuador del estercolero en que se arrastraba, lo levantó en alto á las miradas del mundo y lo hizo culminar entre las naciones de América. El General

Alfaro fue grande amigo de Colombia y estuvo pronto á abrir las venas del Ecuador para que corriera su sangre al par de la nuestra en la probable contienda con los usurpadores peruanos. La mano dadivosa de Alfaro se extendió á los colombianos que á los lares de su país, en exilio y misérrimos llegaron. Juan de Dios Uribe y otros tantos compatriotas fueron acogidos y agasajados por el viejo paladín de la libertad ecuatoriana.

Pudo cometer errores el General Alfaro durante su Gobierno; los halagos del mando pudieron, tal vez, labrar hondo en su ánimo. Esos son puntos que la historia esclarecerá. Somos coetáneos del mártir y no conocemos suficientemente los sucesos que en la República del Sur se han desarrollado á través de la penumbra que forman la lejanía y la ignorancia de los sucesos. Pero, en todo caso, nos atrevemos á decir que algo noble, algo trascendental para su Causa, debió de impulsarse á Alfaro en sus últimos procedimientos. El tiempo lo dirá.

Alfaro fue en América una cumbre de la democracia. Su cabeza nevada, como el blanco cono de los volcanes ecuatorianos, se alcanzaba á ver de muchas partes. Más de una vez tocó su planta de guerrero irreductible las costas de su tierra y otras tantas fue rechazado. Vivió en el ostracismo la mejor parte de su vida fecunda. Alentó siempre la llama de su ideal. y con ella prendió el incendio de 1895, que lo llevó á la victoria y al Poder.....

Pronto sabremos qué manos ocultas, qué pasiones desencadenadas, azuzadas por modo avieso, cubrieron de luto y mancharon indeleblemente la historia del Ecuador.

Los Alfaros, Coral, Páez, Serrano y Montero, son de hoy más, mártires de su Causa. Y la Causa que tiene mártires, segura está de culminar alguna vez.

Que el eco de nuestra protesta llegue al Ecuador. Que las escenas de sangre—remedo bastardo de las del 10 de Agosto de 1809—no sean el preludio de otras más infaustas. Que esas escenas de barbarie primitiva, no sean el prólogo de algo más grave que parece esbozarse en las lontananzas del futuro.....

A. Peñuela Olaya.

EL PRESIDENTE ZALDUMBIDE ANTE LA HISTORIA.

Responsabilidad Indeclinable.

(De "Comentarios," Bogotá, 7 de Febrero de 1912.)

El señor Presidente del Ecuador continúa en la infantil tarea de querer comprobar ante el mundo civilizado que lo acusa, "la ninguna

participación" de su Gobierno en los luctuosos acontecimientos del 28 de Enero.

Juzga el señor Freile Zaldumbide que se está dirigiendo á una tribu de quichuas, de esas que pululan al pie de los páramos ecuatorianos y que la tremenda responsabilidad que ha contraído se puede botar así no más, como un fardo, á la vera del camino.

O el señor Zaldumbide es un perverso, ó está juzgando las cosas como un niño. Porque de otra manera no se explica ese peregrino sistema de eludir responsabilidades. Venir á estas horas, cuando ya cayó el telón del pavoroso drama, cuando ya son fango del arroyo y cenizas del viento los cuerpos de las víctimas, á salirnos con que el Gobierno fue incapaz para sofrenar la locura del pueblo, es declararse á la luz del orbe. Estadista infeliz, Gobernante inepto, indigno de regir los destinos de una nación libre. Valiérale mejor al señor Zaldumbide aceptar, como hombre, la plena responsabilidad de su complicidad. Eso y no salir ahora zabullendo las manos en la aljofaina de Pilatos.

El sacrificio de los Alfaros, perpetrado por las mesnadas indígenas de Quito, es algo superior á todo sistema nervioso, á toda hipótesis. á toda hipótesis, á toda concepción de cerebro bien organizado. Es algo peor que una visión dantesca, y que una pesadilla alcohólica de Edgar Poe. Algo que aflige, que deprime y apesadumbra al hombre como miembro de la humanidad. Fue la apoteosis del antropomorfo, del hacha de sílex, del troglodita habitador de las cavernas prehistóricas.

Los que matan así, ni son hombres ni son nada. Ni parece que hubieran sido engendrados en vientre de mujer. La humanidad se cubre el rostro cuando estos emperadores de la saugre esgrimen sus hierros contra seres inermes en las sombras de la ergástula. Hubiera estado Alfaro con mil hombres no más al frente de Quito y las chusmas del crimen habrían temblado como azogadas ante los rugidos del león.

El mundo civilizado ha dictado ya sentencia de primera instancia en este proceso de escándalo y de saugre. Ya hay opinión formada sobre el conjunto de los sucesos. Se cometió un crimen con agravantes no conocidos en ninguna historia tejida por seres racionales. Y al crimen se le condena en dondequiera que erice su cabellera de Medusa.

Después de esto los telegramas del señor Presidente del Ecuador son palabras que no lo aþroquellan contra la acción imperturbable de la Historia. Sobre el Gobernante que toleró la consumación del crimen hay mil plumas tremendas con los picos chorreantes de verdad y de justicia.

Nada tiene de extraño que el señor zaldumbide venga, después de la noche de Walpurgis del 28 de Enero, á consolidarse en el mando por virtud de una reacción vengativa de los manes de García Moreno.

(“El Heraldó,” Cali, 17 de Marzo.)

Con verdadero placer reproducimos á continuación la hoja de protesta que, con motivo de los salvajes acontecimientos del Ecuador, publicó el gallardo é invencible periodista M. Anfbal Cardona, en la vecina ciudad de Palmira. En ese importante documento verán nuestros lectores, y en general todos los enemigos gratuitos y encarnizados del valiente y nunca bien ponderado periodista, que en Cardona no sólo existía el amor al Partido político la cual dedicó el valioso contingente de sus energías y de sus talentos, sino que profesaba lo que muchos dogmáticos ni conocen: el amor á la humanidad y el amor á la Patria grande.

Cuentan que el cisne en el momento supremo exhala un canto; y tal aconteció á Cardona al escribir la hoja con cuya lectura obsequiamos al público.

PROTESTA.

Contra el vil asesinato del General Eloy Alfaro y carta Abierta á uno de sus asesinos.

Ha caído el Viejo Luchador de Juan Montalvo, al golpe brutal del pueblo ecuatoriano.

Esa masa anónima, heredera de la hipócrita salvajez de un pueblo, tenía que manchar con sangre de héroes, el pendón tricolor que hizo subir tan alto, Eloy Alfaro.

La sangre de esos mártires caerá irremisiblemente sobre los ecuanos ver á los Conquistadores cegando á los naturales porque adoraban al torianos, como hace veinte siglos la sangre del Cristo, cayó sobre todos aquellos que lo subieron al Calvario.

Los que han tomado parte en ese cruento sacrificio, la tienen, si acaso no escriben con sangre su protesta.

Hay pueblos que son una jauría; tan presto lamen la mano que los acaricia, como la muerden llenos de hidrofobia.

El pueblo jerosolimitano recibe triunfalmente al Nazareno y luego lo sube al Gólgota para hacerlo morir sobre una cruz.

El pueblo francés coloca una corona en la cabeza de Luis XVI, y luego corta esa cabeza coronada, con el hacha de la guillotina.

El pueblo venezolano no sabe, precisamente, en dónde se extinguieron los vivas á Cipriano Castro, y los mueras principiaron.

El pueblo turco encierra á Abdul Hamid en las prisiones de Salónica, después de haberlo sostenido en un trono lleno de infamias y de crímenes.

Méjico arroja á Porfirio Díaz, el anciano octogenario, después de una dominación mayor de cuatro lustros, y ahora que Madero preside la República, van los mejicanos de pueblo en pueblo viviendo el anarquismo.

Los portugueses cansados de sostener un trono, izaron el tricolor de la República, y vieron impasibles que la familia Real de los lusitanos saliera en busca de un hogar extraño.

Los que ayer se inclinaban ante la Regencia del Celeste Imperio, van hoy cantando la Marsellesa de los libres presididos por Sum-Sen.

Aquí en nuestro pueblo, Bolívar muere en casa de un español, des-Dios—Sol, ó á los naturales descuartizando á un Conquistador para comérselo, porque venía éste á usurparle sus derechos.

Lástima que el Ecuador hubiera retrocedido tantos siglos: parece-pues de haber arrojado á los españoles de Colombia, pobre y solo, porque los colombianos no tuvieron otra cosa que ingratitud para pagarle el valor con que supo vencer al León Ibérico.

España también mandó á Colón á que buscara un mundo para luego cargarlo de cadenas.

Y así todos los pueblos, así todos.

Y ahora, ese pueblo del Ecuador, despedaza y quema al hombre á quien antes aclamara con este grito, más que ridículo, humillante: ¡ Alfaro ó la muerte !

Y lo despedaza con una indiferencia de antropófago, con una maldad de troglodita.

Los caníbales mataban así, pero mataban para comer, no para destruir.

No llegó hasta ese punto la crueldad de los Caribes.

Esa forma de matar tal vez no la ensayaron los caucheros de la Casa Arana.

Manuel de Portugal salió de su pueblo para otro. porque ese digno no necesitaba de la sangre de un rey para montar una República.

Abdul Hamid vive todavía á la cabeza de que está hoy en el poder y amparados por la bandera de la Media Luna, los descendientes de los demnificados y asesinados por su mano de beduino.

Aristides Fernández se pasea en Bogotá y solamente la sombra de los liberales muertos, por su mano de asesino. lo persigue, sin más castigo que los zurríagazos que le dió Julio López cuando éste hizo un azote en Oll

atacaron el Panóptico. Y otro, de la misma procedencia, suscrito por el Ministro de Relaciones Exteriores, dice que se calcula que el número de salvajes ascendía á quince mil. Nosotros estamos con el primero, porque le hacemos al pueblo de Quito el honor de no creer que allí residan arriba de cinco mil asesinos. Porque la respetabilidad del Prelado abona su palabra y porque ningún interés tiene él en exagerar nada contra esa pobre tierra. Lo que sí hallamos más claro cada día es la complicidad del Gobierno, pues fuesen cinco mil ó quince mil los chacales, estamos seguros de una cosa; con un solo Batallón se habría evitado le carnicería. Y si nó, conteste la pandilla freilista: ¿pudieron los batallones que habría á la sazón en ésa, derrotar una revolución bien armada, con fuerzas de línea y candillos aguerridos, y fueron impotentes para dominar unos cinco mil hombres inermes?

LA HORRIBLE TRAGEDIA DE QUITO.

ÚLTIMAS NOTICIAS.

Seis Asesinatos. Un Periodista Ultimado por la muchedumbre.

(De "Comentarios." No. 220, Bogotá.)

En las horas de la mañana se ha recibido de Ipiates el telegrama que á continuación publicamos.

Por tal despacho se ve que el espantoso crimen cometido por las turbas sanguinarias de Quito tuvo proporciones mayores de las que ayer se creyeron. No tres sino seis fueron las víctimas de aquella cobarde carnicería. Se cuenta entre ellas el joven y brioso periodista Luciano Coral.

He aquí el despacho:

Ipiates, Enero 29—Urgente.

Gobernador—Pasto.

Horrarizado infórmole: ayer pueblo quiteño mató, arrastró y quemó Generales Eloy, Flavio, Medardo Alfaro, General Páez, Coronel Serrano y periodista Luciano Coral.

Servidor,

Prefecto.

Siento el espíritu ante estos salvajes hechos increíbles con que hoy el pueblo ecuatoriano mancha para siempre su nombre, una profunda indignación que pone en los labios y en la pluma la palabra de más alta protesta.

Pudieron esos hombres, cuya sangre acaba de ser cobardemente vertida en las calles de Quito, haber incurrido en el grave error y en la grave falta de lanzar al país en una guerra. Pero es infame, es salvaje, es afrentoso que un pueblo salte así, por sobre las Leyes y con mano bárbara ultime á hombres vencidos é indefensos, á hombres que como Eloy Alfaro pudieron tener momentos de sombra pero que trabajaron por engrandecer y dar lustre y holgura á ese mismo pueblo que hoy los arrastró miserablemente por el arroyo.

Sí, es necesario para el vivir tranquilo de estas Repúblicas acabar con el caudillaje militar, con los hombres de presa que llevan los pueblos á la matanza. Pero no es esa la forma. No es ese el medio. No en certámenes de ferocidad. No en carnicerías salvajes. A esos hombres hay que decapitarlos moralmente.

Dolor grande pensar que la mancha de estos crímenes no caerá sólo sobre el pueblo que los realizó, sino sobre todas estas pobres Repúblicas á las que de hoy más tenderán y tratarán como á pueblos por conquistar las naciones civilizadas.

Vergüenza y baldón eternos para el Gobierno de Quito que no quiso impedir tal escena horripilante. Eso de que "las tropas no pudieron contener á la multitud" es una frase muy desacreditada. En todo esto se ve bien clara la complacencia del Gobierno.

Quiera el destino que estas mismas manos á las que ellos alentaron hoy, armadas del mismo puñal con que ultimaran los ochenta y dos años indefensos de Eloy Alfaro, no se vuelvan mañana contra sus vidas cuando en este implacable reloj de la política, suene la hora de la adversidad.

Nosotros lamentamos profundamente este hecho monstruoso y hacemos nuestro el duelo que aflige al liberalismo ecuatoriano.

Con pena hondísima, con admiración, con respeto, con cariño nos descubrimos ante la memoria de Eloy Alfaro, hombre eminente, militar glorioso y patriota aquilataado, para quien la Suerte reservó fin tan indigno de su valor, de su hidalguía y de su amor al pueblo ecuatoriano. Duerma en paz el infortunado luchador.

Colombia no olvidará nunca que Alfaro la amó siempre, que siempre fue su leal servidor y que en la hora acerba de la traición panameña la voz de Alfaro fue la única que se alzó á protesta contra la infamia del yanqui.

La gratitud colombiana velará siempre al pie de esa memoria venerable.

LOS SUCESOS DE QUITO.

("La Linterna," Tunja 9 de Febrero.)

Profunda indignación ha causado en todo pecho bien nacido á in-noble crimen de Quito. La protesta ha sido unánime en Colombia, salvo raras excepciones, salidas. ¿quién lo creyera! de las filas de los Cruzados, los cuales no han vacilado en mezclar el nombre de Dios con las turbas quiteñas.

Es muy conveniente que en todo el mundo se oiga nuestra voz de reprobación no sea que en el exterior se haga extensiva á los colombianos la horrible mancha con que los ecuatorianos acaban de cubrirse. Sepamos decir ni y alto ne en Colombia jamás se han cometido ni se cometerán crímenes como el Quito. Que si es Colombia un país pobre, en cambio la hidalguía es nuestra común moneda. Que nuestro pueblo, si ha gustado en ocasiones del peligroso juego de las batallas, nunca ha asesinado á vencidos indefensos, ni ha profanado cadáveres. En presencia de todos nuestros males, tengamos el supremo consuelo de ser el pueblo más civil y más honrado de la América. Y en guarda de ese nuestro buen nombre emprendamos en lo sucesivo, campaña enérgica contra el fanatismo y contra el runtanismo, que tienen á igualarnos con la plebe quiteña.

.....
.....
.....
.....

Por lo demás para el Ecuador comienza ya la expiación. Los crímenes de Quito y Guayaquil encendieron de nuevo la tea de la guerra, no ya meramente civil, sino revestida de carácter separatista. Los últimos telegramas del Ecuador anuncian que parte del territorio de aquella nación se ha constituido en entidad independiente, con el nombre de república del Guayas.

La sangre de los Alfáros, cobardemente derramada, será fatal para el Ecuador.

(“El Progreso” de Barranquilla —3 de Febrero.)

DESAFUERO POPULAR.

Los asesinatos políticos perpetrados en la República del Ecuador el día 28 de Enero último, revisten caracteres horripilantes, y ningún espíritu civilizado podrá permanecer impasible ante la gravedad de un acontecimiento tan digno de censura y de castigo.

El procedimiento adoptado en esta ocasión por el pueblo quiteño, no se justifica con nada, y de uno al otro extremo de la América debe ser enérgicamente reprobado, no sólo por la barbarie que en sí envuelve, sino también por la funesta trascendencia que puede tener en las naciones suramericanas, donde desgraciadamente pulula todavía la semilla de las manifestaciones salvajes, como efecto natural de su índole guerrera.

Una de las víctimas de esa horrible hecatombe, el General Eloy Alfaro, fue hasta ayer no más objeto de consideraciones especiales por parte de ese pueblo; y si él incurrió en delito al fomentar la guerra, los servicios que prestó á su patria en otro tiempo con nobleza de miras debieron refrenar la cólera de aquellos que, usurpándose facultades de gobierno, le infligieron castigo tan atroz.

Mas los que así se han comportado con el glorioso caudillo, no conseguirán, empero, que desaparezca la página de oro que él escribió en la historia de su país durante su carrera política, tantas veces alabada por las trompetas de la fama. Lo que ellos han logrado con su trágica proeza es arrancarlo del escenario de la vida; pero en su triste extravío no llegaron,

(Del número 1055 de "El Republicano", Bogotá, jueves 10. de Febrero de 1912.)

"A MEDIA ASTA.

Nuestra bandera debe, en señal de duelo, ponerse á media asta.

A media asta, sí, á media asta debe estar nuestra bandera, la bendita humillada que en sus días angustiosos atrajo las palabras generosas del héroe asesinado. A media asta, por noble y por latina, porque al influjo de sus tres colores el alma del titán sacrificado vibró en un día inolvidable y porque más roja es ahora la franja suya, empurpurada de verguenza y de sangre.

De verguenza, por ser hermana del pabellón bajo cuya sombra gloriosa los asesinos de Quito han inmolado á sus luchadores vencidos. Y de sangre, porque es la misma sangre nuestra la que ha teñido el suelo ecuatoriano y ha manchado las manos de viles mercenarios.

A media asta debe estar nuestra bandera, agobiada bajo el peso del oprobio, como la enseña compañera ayer, por la amistad, del Ecuador, y compañera hoy, por la desgracia, del tricolor de esa tierra en donde los bárbaros del trópico han plantado sus tiendas.

Los nombres de las víctimas quiteñas son sagrados para los que en ellos vemos el destello fecundo de los albores nuevos. No es necesario repetirlos; con uno solo de ellos se podria ir hoy por el mundo derribando los templos.

La tragedia sombría que ha puesto crespones de luto sobre el alma del Continente, ha dejado en mala hora una mancha que enloda el prestigio de la estirpe latina. El nombre de las ciudades de Quito y Guayaquil pasa como una sombra de pesadilla.

Eloy Alfaro es un nombre que al sonar deja en los oídos claros rumores de epopeya. Venía como grabado en la proa de las naves guerreras. Y pasaba por entre las fogatas del campamento como una ventisca rabiosa que encendiera las llamas con cuyos reflejos viéronse trágicamente los rostros de los soldados aventureros.

Pero el viejo que con la sola fuerza de su nombre vencía, ahora tornaba decepcionado y triste, y en sus labios temblorosos portaba un generoso mensaje de paz. El cansancio de ochenta y dos años ponía acaso bajo las canas de su cabeza un anhelo supremo. Tal vez quería el glorioso patriarca ver florecer en sus últimos días la semilla del perdón para todos

los errores pasados. Y debió pensar cuando desembarcó en Guayaquil, que las playas de su tierra eran otra vez un campo abierto para albergar sus glorias.

El vano poderío de sus sucesores no permitió observar bien el chacal ecuatoriano que está en el solio. Y ante la insolencia orgullosa de Freile Zaldumbide fue como un borbotar de sangre joven el coraje del viejo.

Vino á pedir la paz á sus hermanos, pero estaba su nombre rugiendo como una tempestad sobre los mares.

Y el viejo generoso fue pasto de los canibales quiteños, y en el sacrificio doloroso de su vida ilustre con él fueron también carne de nobleza que se arrojó á los cerdos, Luciano Coral, el periodista, y Páez, Serrano, Flavio y Medardo Alfaro, unos guerreros convencidos que mezclaron su sangre entre las llamas y dejaron los retazos de su vida sobre el polvo de las calles.

¡Mengua eterna para el pueblo quiteño que así inmola á los leones encadenados!

¡Baldón para el despoja Mandatario que lanza las traillas cobardes sobre los héroes indefensos!

Y vayan nuestras manos amigas á recoger los pliegues del tricolor mancillado que ayer fue gloria de nuestra casta altiva y hoy se avergüenza de flamear bajo los cielos de Quito.

A media asta debe quedar nuestra bandera!"

(De "La Paz".—Cauca.)

La noticia contenida en los anteriores telegramas ha causado en nuestro espíritu la más honda consternación, y apenas tenemos aliento para registrarla en nuestras columnas y lanzar enérgica protesta á la faz del mundo entero contra tamaño crimen nunca antes registrado en la historia contemporánea de América. Lo ocurrido en Guayaquil y Quito no tiene nombre, es una vergüenza del siglo y un ultraje á la civilización, digno sólo de la turba más salvaje de la tierra.

Aunque no han llegado detalles del suceso, bien podemos adelantar este concepto sin pecar de ligereza: los iniciadores y factores de ese atentado son los mismos que manejan las riendas del Gobierno de la vecina República: Plaza, ese monstruo miserable que ni siquiera ha sabido res-

Letar los sagrados vínculos de familia para condenar á la decapitación á su benefactor, al hombre más grande del Ecuador, al que más páginas de gloria ha dado á esa tierra y ha sabido poner muy en alto el tricolor nacional en momentos de conflicto.

"La Paz" lamenta los acontecimientos de Quito y Guayaquil y considera la muerte del General ELOY ALFARO como una irreparable pérdida para el liberalismo americano, al cual envía su más sentido pésame.

(Tomado de "El Republicano" de Bogotá, del viernes 2 de Febrero de 1912.)

MANOS QUE NO AGARRARON MAS ORO QUE EL DE LA CRUZ DE SU ESPADA.

No se orea la sangre vertida en Quito por las muchedumbres enloquecidas que han deshonorado la raza americana y envilecido al Gobierno que las desencadenó para que se embriagaran en el festín canibalesco. Humea aún la pira inquisitorial de inequívoca procedencia. Se ignora si habrán tornado á sus guaridas los embravecidos lobos ó si aquella ciudad será ya un vasto cementerio en donde reinan el Silencio y el Estrago.

Otro día, ayer no más, en connivencia con los adoradores del fuego sabelidor de que estaban prisioneros en Guayaquil los jefes revolucionarios hizo que las señoras de Quito se agruparan á las puertas de la casa de Gobierno á pedirle que no hubiera clemencia ni salud para con los vencidos. Ya se sabe quiénes pueden aconsejar á las mujeres estos actos de barbarie y de venganza.

No se atrevió Freile Zaldumbide á mirar cara á cara al viejo león encadenado. Hubiera palidecido de pavor ante aquellos ojos acostumbrados á dilatarse junto á las fogatas del campamento.

No fue capaz de conducir al vencido ante el Senado, para que sus áulicos lo ultimaran allí con los puñales de Casca y de Casio, en un íbido atardecer de esos de Quito.

No tuvo el valor de consagrar el patíbulo con sus víctimas.

La arrojó maniatadas á los cerdos—MORE MERONIANO—y no dejó de temblar sino cuando el viento desparramó por el Egido, las cenizas de los guerreros inmolados.

En vano se alargan hacia Quito las miradas y los oídos, por descubrir un gesto de humanidad. ¿En dónde está Plaza, que no marcha con su ejér-

cito vencedor, hacia la cueva en donde se refugian los chacales, y les pide cuenta estricta de los prisioneros que él hizo en leal combate, que él amparó con las cláusulas de un tratado?

¿En dónde está Julio Andrade que no aparece por los campos de la Muerte á hacer oír la voz de sus fusiles, con el mismo reclamo, sólo al recuerdo de aquel día de gloria en que Alfaro le ciñó su espada de General en pleno campo de batalla?

Nada se escucha, nada. Impera el terror en Quito. Y el Emperador del asesinato extiende sobre todos, Magistrados, Corporaciones, Ejército, un tanto enrojecido de complicidad, que tejieron manos expertas en el delito.

Cargaba Eloy Alfaro, sobre sus hombros titánicos, como setenta y un años. LA ULTIMA MITAD DEL SIGLO PASADO ESTA LLENA DE PAGINAS GLORIOSAS Y ESCRITAS POR EL EN LA HISTORIA ECUATORIANA.

Quando se alza—muy joven todavía contra García Moreno, aquél despota doctoral y metafísico, es un cortejador de la muerte; cuando emigra con Montalvo y parte en el destierro su escaso sustento con el genial domador de la lengua castellana, es como un faro que alumbra la tormenta de un mar; cuando combate á Veintemilla en Mapasingue, Guayaquil y en el Estero, es un héroe legendario cuando arranca del tope de la nave en que nondeaba, fletada por Cordero, la bandera ecuatoriana, y la lleva triunfante desde las orillas del Guayas hasta Quito, es un redentor cuando se niega á reconocer Panamá como República independiente, resistiendo las tentaciones del cazador del Norte, es un coloso; cuando acaricia desde su silla presidencial, la idea de la resurrección de la Gran Colombia, es un camarada del Libertador.

Sobre aquel cráneo en donde se anidó esa idea, como un águila andina, puso la turba fanatizada y ebria primero sus manos, sus garrotes después, y por último, el fuego de la Inquisición.

La orden de descuartizar á Rayo en el instante mismo en que García Moreno se desplomaba como una res degollada sobre las losas del atrio de la Catedral, salió de las soledades de un claustro, en rígido latín. Los últimos fragmentos del brazo que levantó el machete aquel, fueron quemados en el Egido, tal vez en el sitio mismo en donde se alzó la pira para los cadáveres de los Alfaros. Es una reminiscencia digna de conservarse en la memoria.

Once años gobernó Alfaro la República vecina. Y cuando llegó á Panamá, en Noviembre último, uno de sus hijos salió por el comercio de las israclitas á vender algunas joyas de la familia. AQUELLAS MANOS NO HABIAN AGARRADO MAS ORO QUE EL DE LA CRUZ DE SU ESPADA."

(“El Republicano”.—Enero 31 de 1912.)

LA CIUDAD FANTASMA.

LA ORGIA DE LA SANGRE.

El telégrafo nos ha comunicado una noticia vergonzosa. Nos dice que las turbas famélicas de Quito han asesinado á los prisioneros de guerra que cayeron en Guayaquil y en Yaguachi. Y en las almas colombianas se ha sentido palpitar fieramente la indignación.

Ayer no más estábamos todavía pensando que bajo el cielo ecuatoriano la humanidad tenía representantes; hoy borramos—para mengua de nuestros hermanos—las palabras que nacían al calor de los nobles sentimientos.

Cuando estalló la revolución ecuatoriana que ahora muestra un epílogo negro al mundo, las frases de condenación salieron de nuestros labios

para decir que no teníamos simpatías por el movimiento que encabezaba el General Flavio Alfaro. Y siempre ha sido el espíritu rebelde uno que tiene en nosotros francas explosiones de admiración para las revoluciones.

La guerra ecuatoriana no podía ser justificable, y sin embargo ahora la zambra cobarde y salvaje de Quito ha traído con las aureolas del martirio impuesto á los vencidos una marejada de cariño al rededor de los nombres que venían aniquilándose bajo los pabellones del campamento revolucionario.

El asesinato de los Alfaros ha venido á demostrar al mundo que sólo en el viejo apellido que dio gloria y respeto al Ecuador podría fincarse la grandeza del suelo hermano.

Visible aparece ante la América asombrada la complicidad del Gobierno de Freyle Zaldumbide en la cobarde fiesta. El hombre que hoy maneja la República ecuatoriana es el mismo que ayer, desde la silla presidencial, excitó las pasiones brutales del pueblo, diciendo con cínico gesto: "No habrá piedad para los vencidos". Las palabras del jefe del gobierno fueron el preludio elocuente de la bárbara matanza, y también la sentencia de su nombre que á la historia americana pasará con la mancha de cieno y de sangre que le arrojan los guerreros inmolados.

El General Eloy Alfaro, viejo de talla heroica que á la patria dio glorias y en el pedestal de su nombre supo grabar con letras de oro las leyendas de su valor y de su grandeza, llegó á Guayaquil como Apóstol de Paz y no como caudillo guerrero. El bien sabía que en los estandartes de la revolución su apellido era como la estrella que un día guió á los reyes bíblicos y sabía que sus palabras alcanzarían á contener el coraje de los insurgentes lanzados por el camino de la aventura; entre las aclamaciones del pueblo rebelde llegó al puerto que era foco de la revolución, y llamó á la paz á sus hermanos que estaban á esas horas preparando la orgía canibalesca desde el orgullo de las alturas. El Gobierno de Freyle, ensobrecido por los conatos de la lucha, desoyó las palabras de su Manifiesto de paz y obligó al anciano coloso á entrar en la guerra.

Y cuando el viejo cae, el pabellón tricolor que un día sus manos pasearon altivamente por las fronteras peruanas, ahora en manos mercenarias protege vergonzosamente la horda vandálica que en las calles despedaza la carne de los héroes.

Ah, si el alma americana se estremece de indignación!

El derecho de la guerra no es ese. Bajo los pabellones tropicales sólo debemos ver el consorcio de las almas humanas. Si en horas de ofuscación los guerreros inquietos sienten la nostalgia de los campamentos, no son las armas para empañarlas, ahogando cobardemente así los gritos bélicos. Al luchador vencido debe tratársele como á un hombre y no como á la fiera que cae después de recia lucha con las jaúrfas. Y si el luchador vencido es Eloy Alfaro, alma, vida y corazón de un pueblo, menos aún las manos ávidas de los sicarios deben acercarse á los festines de la sangre.

Porque hay sangres que son como el vino simbólico de los redentores.

Entre los prisioneros inmolados están Flavio Alfaro y Luciano Coral, dos hombres que en la ruda batalla debieron ser como el Bayardo legendario.

Flavio Alfaro empapó con su sangre el campo de batalla. Pues era uno de esos titanes que en medio de la refriega ponían su pecho al frente.

En la apoteosis de su martirio, al lado del anciano venerable, acaso fuera como un Anteo que ante las iras le ofreciera el escudo de sus brazos. Las manos cobardes descargaron el hierro asesino sobre su cabeza de pensador. En medio de un macabro torbellino su nombre era ya el anatema que había de caer sobre las frentes de los matvados. Su nombre, que había sido propuesto para figurar en el gobierno universal que soñaron los que han querido la Santa Sede de la Humanidad en la capital del mundo.

Luciano Coral era un periodista que acompañó en la caída á su Jefe. Y otro no más podríale valer como una de sus mejores páginas, si la consagración del martirio no trajera sobre su nombre los laureles del héroe.

La mancha vil que las turbas palaciegas de Freyle han puesto en la Historia de América, no podrá ser borrada ya. Así la eterna protesta de la Humanidad lo estará diciendo siempre.

En cuanto á nosotros, como colombianos, tenemos para los caníbales quiteños nuestro desprecio, que un pueblo en cuyo seno se toleran todavía las fiestas de la sangre, no merece otra cosa. Un pueblo que inmola al padro de su grandeza debe olvidarse por misericordia.

IMPRESIONES DEL ECUADOR.

Hagamos esfuerzos supremos y con el corazón cargado de negros sentimientos opinemos con criterio sereno é imparcial sobre los sucesos verificados últimamente en la vecina República del Ecuador.

Bien quisiéramos que nuestro pecho juvenil se convirtiera en hoguera inmensa para que de allí surgieran vocablos luminosos que fueran á calcinar á los espíritus mediocres que, con mano artera y violando los sagrados principios del Derecho Natural, asesinaron á los señores Eloy, Flavio Medardo Alfaro, Ulpiano Páez, Pedro Montero, Coronel Serrano y Luciano Coral.

La Historia sabrá responder allá en el calmado recinto de su laboratorio psicológico sobre las vidas de estos hombres como por la de los que contribuyeron á eliminarlos; ella sabrá decirnos con suprema ironía si fueron verdaderamente Leonidas Plaza ó el doctor Carlos Freyle Zaldumbide —actualmente encargado del Poder Ejecutivo—los autores principales del nefando delito.

Quiera Dios que en los sucesos del Ecuador la sangre roja de Zaldumbide no vaya á tornarse negra ante los fallos justicieros de la Historia, porque las palabras que pronunció en presencia del mítin colosal que se reunió en Quito en la noche del 18 de Enero con motivo de la felicitación por los triunfos alcanzados contra los revolucionarios fueron de promesas para pro-

teger las libertades públicas, acabar con el caudillaje y eliminar del Ecuador el militarismo y esto como se ve da por el momento mucho en qué pensar, tanto más cuanto que 11 días después tuvieron lugar los terribles acontecimientos á que nos referimos.

Parece que las intenciones eran negras y así tenía que pasar porque como lo ha dicho Montalvo, no es á los imbéciles á quienes se les jura odio y muerte sino siempre á los espíritus levantados, es decir, á aquellos que por su talento y virtud logran sobreponerse á las almas mediocres y vulgares, á espíritus que al parecer no tienen conciencia y que si la tienen es para obrar conforme á sus caprichos como á los salvajes impulsos de su propia perversidad.

Los enemigos del Astro refulgente de Eloy Alfaro, tarde ó temprano tendrán que reconocer su error, y tarde ó temprano tendrán que ver que Alfaro fue el prohombre ecuatoriano que más se interesó por la defensa de la verdadera causa y por la integridad nacional.

Estamos seguros que el pueblo del Ecuador no habría hecho nada si no hubiera estado seducido por malvados caudillos, ajenos á todo sentimiento de caridad como de profundo amor para con la patria.

He aquí por qué muy justas nos parecen las protestas que, en nombre de la civilización, han empezado á levantarse de muchos lugares del mundo; ello prueba que en todo caso debe reconocerse la libertad dentro del orden y la justicia, y que ese orden y esa justicia pueden únicamente encarnarse en un liberalismo doctrinario.

Los asesinatos del Ecuador y sobre todo el cometido en la persona de don Eloy Alfaro no es un acontecimiento extraño para la sangre latina. Pero nosotros no alcanzamos á comprender por qué hay lugares en el planeta en donde buscar la perfección es buscar el calvario y subir á la silla presidencial es subir á la silla del desengaño cuando no del sacrificio.... y en Colombia como en otras Repúblicas de Sur América si no fuera porque el hombre grava la conciencia no prestándole su contingente á la Patria, mejor sería, mucho mejor que se contentara con llevar la voga del retraimiento, porque en tal género de vida está libre de cosechar grandes decepciones y profundos desengaños. Y la razón que apenas vislumbramos es que la humanidad no ha cambiado en nada desde el principio del mundo, y la Envidia, su hija predilecta no ha cesado jamás con su gesto de sonriente hipocresía de impulsarla á cometer barbaridades.

Pero sin aguardar los fallos luminosos de la Historia, si nos atrevemos á decir que si el Astro de Eloy Alfaro ha pasado para los cielos de ultratumba, su luz era tal que alcanzará á irradiar acá.....no sólo en el corazón de sus amigos sino también en el de sus propios adversarios porque su alma era muy grande en generosidad y perdón.

LAS MATANZAS DE GUAYAQUIL Y QUITO.

¿QUIENES SON LOS RESPONSABLES?

“El partido liberal tiene orgullo en haber combatido el alfarismo en todo terreno y sin descanso. Muy pronto tendrá la gloria, con el auxilio de todos los ecuatorianos, patriotas, de haber extirpado radicalmente del organismo nacional el vergonzoso alfarismo.”

(“El Constitucional”, periódico gobiernista del Ecuador).

“Ofrezco respetar las libertades públicas, acabar con el caudillaje y eliminar del Ecuador el militarismo.”

(Palabras de don Carlos Freile Zaldumbide pronunciadas ante el mitin que tuvo lugar en Quito en la noche del 18 de Enero de este año.)

“Si por desgracia nosotros (los Alfaro) caemos en poder de Zaldumbide, Plaza, Andrade y compañeros, esos hombres no nos perdonarán la vida.”

(Palabras del General Medardo Alfaro pronunciadas el 17 de Enero a bordo del vapor “Quito” en presencia del Director de “La Paz”.)

Otro suelto del mismo diario y mismo número, dice:

“RESPONSABILIDAD INELUDIBLE.—Dice Freile Zaldumbide, en telegrama á “El Nuevo Tiempo”, que para vindicarse enviará documentos que comprueban la “ninguna participación” del Gobierno en la tragedia de Quito.

¿Qué entenderá el señor Zaldumbide por “participación” en esa clase de sucesos?

¿Creerá Freile que porque no mandó á sus soldados á que dispararan contra sus prisioneros, no tiene responsabilidad en lo acaecido? ¿Qué creerá Zaldumbide que es Gobierno? ¿Un nuevo espectador de toda carnicería humana?

Pobre don Carlos, está abrumado con la sombra ensangrentada de los Alfaros!”

UNA ACUSACION.

Publicamos á continuación una de las acusaciones más serias y documentadas que se han publicado con motivo de los luctuosos acontecimientos que nos ocupan; allí se encontrarán también detalles históricos que no son posibles de coleccionar en las ligeras columnas de los diarios.

El lector apreciará también que no es el culpable el pueblo ecuatoriano, sino más bien determinados hombres públicos y colectividades políticas.

Habla don Olmedo Alfaro:

MANIFIESTO A LA OPINION PUBLICA.

Sobreponiéndome al justo dolor que me agobia, he examinado con calma y concienzudamente el crimen perpetrado en Quito el 28 del mes anterior en la persona de mi padre el señor General don Eloy Alfaro; y después de pesar y aquilatar todos los detalles y todas las circunstancias del atestado y de escuchar el parecer de los miembros de mi familia, he resuelto, á falta de otro tribunal, acudir á la OPINION PUBLICA y acusar á los asesinos ante la rectitud de todos los hombres honrados del Ecuador y del Universo. Sé que la voz de un hijo, libre de toda pasión que no sea de justi-

cia, será oída con atención y respeto, pues al dar este paso cumplo con uno de los más premiosos deberes para con la memoria venerada de mi padre y los intereses de la Patria Ecuatoriana.

No debo hablar de su abstención en la revolución del General Montero, ni del patriotismo con que hasta última hora procuró la paz entre los beligerantes, ni de sus virtudes y grandes servicios á la República; porque de todo ello hablan muy alto las personas rectas y de probidad, y lo comprobará no muy tarde la Historia. No me toca, ni hay necesidad, de hacer un panegírico fúnebre de la noble víctima; pero conviene precisar los hechos para que resalte más la justicia de la acusación.

El señor General Eloy Alfaro fué miserablemente traicionado el 11 de Agosto de 1911 y salvó su vida únicamente por intervención del Cuerpo Diplomático, especialmente del Excelentísimo señor Ministro de Chile, don Victor Eastman Cox. En aquella fecha la guarnición de la Capital fué cohechada y á la una de la tarde un levantamiento militar y ruidoso nos hizo saber que éramos prisioneros, pues no había quien defendiera al Gobierno. Confiado mi padre en la lealtad que se merecían las Leyes y á la honradez de sus actos, nunca pudo imaginarse semejante atentado, mucho menos preverse contra él.

El primero, su Vice-Presidente, don Carlos Freile Zaldumbide, encabezó el Gobierno revolucionario y de allí empezó la época de anarquía porque atravesó la Capital. Crímenes, asesinatos y robos á granel, conocidos y cometados después por toda la prensa del país.

Persiguieron á los Diputados y Senadores y formaron escogiendo entre los suplentes que les fueran propicios, un Congreso ad-hoc que sancionara el atentado, y en efecto ellos produjeron Acuerdos y felicitaciones á los autores de la revuelta, y atizaban la acción del populacho que trataba de asaltar la Legación de Chile y asesinar al Presidente Alfaro.

Los Representantes Diplomáticos extranjeros y sobre todo las instrucciones sobre derecho de asilo del Gobierno de Chile á su Ministro en Quito, impidieron que se consumara el hecho, al cual coadyuvaban desde entonces con su intención y tolerancia el Vice-Prsidente Carlos Freile Zaldumbide y el Ministro Octavio Díaz. Era también testigo presencial el General Leonidas Plaza G.

También en esa ocasión el Cuerpo Diplomático residente en Quito, consiguió que el General Uplano Páez, que avanzaba con tropas leales á recuperar esta ciudad depusiera las armas y firmaron en cambio un Tratado en el cual se daban amplias garantías al General Presidente don Eloy Alfaro y á los demás personajes que la revolución había capturado en Quito. El gobierno de Freile hizo escarnio de la palabra empeñada ante el Cuerpo Diplomático, violó el Tratado en casi todas sus partes y el Presidente

Alfaro, escapando de ser asesinado, sólo pudo salir cuarenta días después, debido á las gestiones privadas del Cuerpo Diplomático y del Ministro de Chile donde se encontraba Alfaro asilado. Apelo al testimonio particular de estos caballeros en lo que á ellos se refiere.

Desde el once de Agosto empezó el desquiciamiento social y el Congreso formado por los elementos arriba mencionados declaró Presidente á don Emilio Estrada, candidato que había sido á la Presidencia de la República, y factor principal en la traición efectuada; quien también resultó impotente para restablecer la seguridad pública. A las pocas semanas murió Estrada, como se lo anunciaron oportunamente, y volvió nuevamente al Gobierno el señor Freile Zaldumbide y prosiguió su obra de anarquización del país, tratando de imponer á elementos que le eran adversos la candidatura del General Leonidas Plaza Gutiérrez, lo que ocasionó la revolución del General Montero á quien ellos el 11 de Agosto colmaron de alabanzas, y hoy persiguieron hasta hacerlo descuartizar.

Montero llamó con insistencia al General Eloy Alfaro que se encontraba en Panamá ajeno á la política militante, quien deseado evitar que se derramara sangre en su Patria, fué á Guayaquil, donde su primer acto fue proponer un avenimiento á los facciosos que hacían la guerra, (á lo que ambos se negaron), absteniéndose de tomar parte en la revolución. A última hora, ya perdida la revolución y para la entrega de la ciudad de Guayaquil, fué nombrado Jefe de las fuerzas, su propósito pues, no fué otro que cumplir con la capitulación que él había conseguido que se firmara y evitar así mayores males al país. La misión del General Alfaro fue de paz y de concordia como consta á todo el Ecuador.

Pero aunque hubiera sido el factor de la transformación política del 23 de Diciembre de 1911, no por eso podía privársele de la protección de las Leyes, ni excluirse de las garantías que todos los países conceden aun á los más grandes criminales. Freile y sus Ministros eran también revolucionarios. El once de Agosto terminó con una traición villana á la constitucionalidad y el Gobierno de Estrada y el de Freile fueron de hecho. Las revoluciones no son raras en la América Latina y jamás los presos políticos han sido presa de canibales como ahora.

He hablado de la capitulación del 22 de Enero, en la que el General Plaza, Comandante en Jefe de las fuerzas de Quito y con los buenos oficios de los Cónsules de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos de América, se obligó á garantizar las vidas, la libertad y los bienes de los Generales y demás personas que se calificaran comprometidas en el movimiento revolucionario. Este pacto fué firmado con las formalidades debidas, pero cuando las autoridades militares de Guayaquil, confiadas en la fe jurada, principiaban á entregar los cuarteles y las armas, fueron alevosamente atacados y llevados á una prisión.

Tan inícuo quebrantamiento de los pactos han querido disculpar con que fué desaprobado por Freile, pero aunque así hubiera sido (cosa inverosímil para los que conocemos las personas que actuaban), Plaza debió proteger la vida de los presos que habían confiado en su palabra de honor y portarse como un caballero; pero su conducta es todavía más detestable. El 21 Freile, según telegrama publicado en la prensa de Guayaquil, le prescribió que no diera ninguna garantía á los Jefes de Guayaquil y él á pesar de esto dolosamente continuó la negociación y firmó el tratado el día 22.

La falsía de su procedimiento se encarga él mismo de demostrarla.

Pues mientras por un lado firma una capitulación dando garantías basado en los mejores intereses del país, por el otro establece lo contrario en su telegrama de Durán dirigido á Freile con fecha 22 en el cual manifiesta que si bien la toma de Guayaquil no ofrece dificultad en cambio con ese procedimiento se escaparían los cabecillas.

Por otro telegrama puesto á Freile y sus Ministros desde Guayaquil, fecha 22 y (con el único propósito de más tarde lavarse las manos de los crímenes que preparaba); manifiesta que los Cónsules mediadores reclamaban íntegramente el cumplimiento de la capitulación y que él (Plaza) era de opinión que debían cumplir lo pactado; dirigido á la misma ciudad de Quito enviaba otro telegrama á su amigo el doctor Gonzalo S. Córdova diciéndole: "HAGALES SABER QUE LOS PRISIONEROS A QUIENES ELLOS TANTO TEMIERON ESTAN BIEN SEGUROS Y QUE IRAN A QUITO."

Los telegramas publicados últimamente sobre la contramarcha desde Huígra del tren que conducía los presos á Quito "PORQUE EL GOBIERNO ESTABA SEGURO QUE ALLI SERIAN ASESINADOS" y las recomendaciones de Plaza al Arzobispo para que velara por la vida de los presos que él mismo confiesa estaba en grave peligro, en nada desvanecen la acusación á que han dado margen hechos anteriores.

Por lo que respecta á Freile y sus Ministros estos documentos sólo revelan cómo temblaban sus conciencias ante la proximidad del crimen que con tanta insistencia todos prepararon, pues las disposiciones más terminantes venían siempre solidarias del Consejo de Ministros.

Y en cuanto al empeño del General Plaza de "salvar la vida de los presos", es el sentimiento del victimario sobre su presa. Un General vencedor dueño de la situación y de la voluntad popular "rogándole al Arzobispo que vele" por los infelices enviados á sabiendas al exterminio!..... Suficiente esto para formar opinión imparcial sobre su culpabilidad. Aquella súplica, como varios telegramas, fué hecha para figurar entre los documentos justificativos y se preparó habilidosamente.

Por otro lado no se puede hermanar dicha súplica con la promesa hecha á los conservadores por medio del doctor Gonzalo S. Córdova de que los presos irían á Quito.

Si quiso que no murieran los presos, más eficaz era cumplir con el Tratado de paz ó en su defecto obtener del Gobierno, del cual era él en esos momentos la sola poderosa columna, su permanencia en Guayaquil, ó bien pudo prisionarlos en algún buque de guerra ó cualquier otro lugar seguro.

El hablarnos Plaza de órdenes é imposiciones de Freile ó el Gobierno á su General protector, vencedor y sostenedor sólo sería risible al no envolver mala fe para con ellos y los victimados.

Pobres Cónsules! confiar en el honor de esa gente!..... A nombre de los seis Generales asesinados yo les agradezco la sinceridad de sus propósitos.

Preso á traición el General Alfaro, estaba ya condenado á muerte irremediable. El telegrama de Freile de 22 de Enero lo dice sin embozo, cuando ordena que Plaza, á pesar de la capitulación, remita los prisioneros á la capital, porque era necesario "EXTERMINAR DE UNA VEZ PARA SIEMPRE LOS ELEMENTOS SEDICIOSOS"; es decir, que era necesario asesinarlos como única manera de salir de ellos para siempre. Plaza, sin embargo de estas declaraciones, de lo ya sucedido con Montero y desoyendo las reclamaciones de los Cónsules que habían intervenido en la Capitulación, los mandó á los presos y partió tranquilamente á Manabí á esperar el desenlace friamente preparado. Plaza sabía perfectamente la suerte que le esperaba al General Alfaro en manos del Gobierno de Freile; él había sido testigo presencial de las escenas de Agosto, en que las turbas y la soldadesca disfrazadas, cuando no en uniforme, eran lanzadas contra Alfaro. El General Plaza conocía perfectamente el estado de ánimo de los elementos aquellos debidamente preparados aprovechando de la exaltación consiguiente á toda lucha armada. Conocía más que nadie á Carlos Freile y su Gobierno. Ya había recibido de la capital nuevos telegramas de sus acólitos, entre ellos los de Lino Cárdenas, Juan Francisco Game y otros..... En fin, conocía el elemento llamado por ellos "DEFENSORES DE LA CONSTITUCION" á quienes iba á entregar á Alfaro.

Hacia un mes que los hombres y los escritores de Gobierno hablaban de matar é incinerar á Alfaro como á los Gutiérrez en Lima. El día 18 de Enero publicaron en Quito una lista de proscripción, propia de los peores tiempos del terror en Francia, en la que estaba la larga lista de los Generales, Coroneles y demás oficiales condenados á muerte, siendo mi padre el primero de dicha lista de sangre y la prensa de Guayaquil la reprodujo como puede verse en el Grito del Pueblo Ecuatoriano número 155. Las turbas se reunían y se preparaban con frecuencia y el llamado Gobierno lo toleraba si no lo aplaudía y solicitaba, y el programa se cumplió.

Las circunstancias y detalles del mismo hecho del crimen señalan aún más la complicidad del Gobierno.

El Panóptico de Quito donde se cometió el crimen está situado en los extramuros de la ciudad, es un sólido é inexpugnable edificio de mampostería con una sola entrada situada ella misma en una altura y para cuya defensa bastaría una guarnición de diez soldados sin cuya complicidad es imposible penetrar.

Las TURBAS no se reúnen sino progresivamente y si hubo previa citación aún peor para la disculpa de la autoridad.

Del Panóptico donde se cometió el asesinato, al Egido, donde se mutiló y se incineró el cadáver, hay por lo menos mil quinientos metros, es decir, había que atravesar la ciudad de un extremo á otro, y, ¿á dónde la acción del Gobierno para impedirlo?

Después del asesinato cometido en la persona del General Montero en Guayaquil se trató de un meeting de protesta y el Gobierno hizo saber que no permitiría tal reunión y no la hubo. Entonces no era conveniente al Gobierno.

Ningún país ahorra sangre cuando se trata de defender su honor de nación civilizada.

Además, las turbas sabían anticipadamente que contaban con la aprobación gubernativa, como sucedió con los crímenes de Agosto, por los que recibieron felicitaciones oficiales, tanto del Congreso como del Gobierno de Freile. Nada había que temer, pues delante no tenían sino la impunidad. El crimen colectivo es anónimo, debieron decirse los que manejaban la trama, pero se equivocaron porque la opinión pública está ya con la vista sobre los asesinos y la Historia les aplicará eterno castigo.

Por todos estos acontecimientos y puesta la mano sobre la conciencia, yo acuso del salvaje asesinato perpetrado en la persona de mi padre, en primer lugar, al GENERAL LEONIDAS PLAZA GUTIERREZ; en segundo lugar al DOCTOR CARLOS FREILE ZALDUMBIDE y en tercer lugar á los Ministros OCTAVIO DIAZ, JUAN FRANCISCO NAVARRO, CARLOS R. TOBAR y demás colegas.

Si aún hay justicia en el Ecuador, los señalo ante ella y si no, la historia será la única que recogerá el fallo severo de la opinión.

Panamá, Febrero 20 de 1912.

OLMEDO ALFARO.